

ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO III. || MADRID 20 DE AGOSTO DE 1889. || NÚMERO 23.

Aficiones peligrosas.

SUMARIO

CONVERSACION FAMILIAR.

En alguno de nuestros anteriores números hemos indicado que en la Explanada de los Inválidos de París se ha organizado una exposición de objetos que sirvan ó hayan servido al hombre en su primera edad: canastillas, vendas, capillos, cunas, cochecillos, chichoneras y biberones. Todo esto de las más variadas formas, de todas las épocas, de diversos tamaños y acompañado de buen número de momias y fetos de niños contrahechos

La exposición, aunque curiosa, ofrecerá poca novedad, especialmente para las madres de familia.

—Mire usted,—me decia una de éstas:—yo, aunque fuera á París, no tendria curiosidad ninguna por ver esa exposición. Tengo en mi casa un baul con todas las ropas que han servido para mis pequeños; pañales, mantillas, capas, gorros .. para qué más exposición? Además, en ese concurso falta una sección importantísima: la de amas de cría. Nada tiene más relación con el hombre en su infancia, y sin embargo, los organizadores del certamen se han olvidado de tan importante detalle. Sin duda se les habrá ocurrido, pero la dificultad de presentarlas domesticadas ante el público les habrá hecho retroceder. Y hubiera sido de utilidad que las presentasen tal como entran en las casas, es decir, en estado salvaje Más de una recién casada desistiria de poner sus hijos en manos ajenas si pudiera apreciar á las nodrizas tales como son.

Indudablemente mi amiga tenia razón, y no será esta sola la falta que se note en el predicho concurso. Seria en él, por ejemplo, de gran utilidad un tratadito sobre la manera de dar azotes á los niños, cuando ya son más crecidtos y traviesos, ó á los padres cuando no saben criar á sus hijos.

Tampoco estaria de más que el jurado ofreciese algún premio al autor del mejor folleto sobre el tema «El *mimo* y sus consecuencias», ó al pedagogo que presentase un «Método para enseñar á los padres á que enseñen á sus vástagos».

Y si la exposición, en lugar de reducirse á tan estrechos límites, se extendiera á los objetos relacionados con el hombre más directamente, hasta que cumple diez años, figurarian en ella objetos tan curiosos como las gafas y el gorro del maestro de escuela, la palmeta y las disciplinas, la colilla del primer cigarro fumado á hurtadillas, la pelotilla de papel arrojada á la nariz del compañero distraido, las infinitas variedades del juego y del estudio y los millares de específicos de la terapéutica moderna.

Por lo tanto, la exposición de la Explanada de los Inválidos ofrece pocos atractivos, pues exposiciones de ese género hay más de una en cada casa.

Sólo bajo el punto de vista histórico es como presenta determinado interés, al dejarnos ver los verdaderos instrumentos de tortura á que en pasados siglos se sometia á las criaturas, condenándolas á la inmovilidad absoluta, oprimiendo sus cuerpecillos hasta el punto de hacer dificil la función de sus órganos, y queriendo reformar y modificar la constitución del niño La ciencia médica de hoy podrá ser tan exigua y deficiente como lo fué la de ayer, pero al menos es más caritativa: ni moldea á su capricho la cabeza del recién nacido, ni le convierte á fuerza de vendajes en una especie de fardo humano, incapaz de respirar y aun de moverse

Eso al menos vamos ganando.

*
* *

Uno de los aspectos más simpáticos que ofrece para mí el progreso científico, es la prontitud con que se aplica al juguete infantil

Todavía se habian hecho muy pocas aplicaciones de la cámara oscura, y ya tenian los muchachos hermosas linternas mágicas; un principio físico daba vida más tarde al peón camaleón; un preparado químico, no exento de peligros (por lo que ha sido breve su vida), originaba las serpientes de Faraón, y otro preparado facilitaba los más hermosos fuegos de Bengala

El juguete científico ha llegado á ser una necesidad, y hoy son ya comunes la locomotora de juguete con su caldera de alcohol, el vaporcito movido por el mismo procedimiento, la máquina vertical de vapor á que pueden darse numerosas aplicaciones, la bobina eléctrica y los infinitos juguetes mecánicos de movimiento de reloj.

Apenas se habia inaugurado en París la torre Eiffel, cuando ya, ocupando tres pliegos de construcción, convidaba á las tijeras de los muchachos á recortar sus infinitas piezas para armarla con ayuda del frasco de goma. Finalmente, todavía no ha hecho el submarino *Peral* las pruebas oficiales de inmersión que han de permitirle llevar dicho nombre con justicia, y ya en numerosos escaparates figura un submarino que automáticamente baja al fondo de una pecera, vuelve á subir á la superficie y repite estas operaciones gran número de veces durante una hora ú hora y media. El juguete afecta en un todo la forma del submarino, y lleva en su parte céntrica superior una banderita. Para

lograr aquellos resultados, el inventor introduce por la parte baja del barco una sustancia blanquecina, en cantidad pequeñísima, y que, fermentando al contacto del agua, origina las subidas y bajadas.

El inventor ha obtenido privilegio y se dispone á hacer un buen negocio, como lo demuestra el haber hecho construir de primera intención la friolera de 40 000 submarinos. Para adquirirlos no será preciso llamarse Casado del Alisal ni disponer de cientos de millones y cientos de leguas de terrenos en la República Argentina: bastará tener tres pesetas que cuesta el aparato y 25 céntimos para cada cajita de la preparación química, con lo que hay para bastante tiempo. El inventor asegura que dicha substancia es completamente inofensiva, y delante de mí lo ha demostrado poniéndosela en la lengua; pero como está prueba no podría repetirla cada vez que vendiera un submarino, la ha sustituído exponiendo en sitios públicos grandes peceras con algunos peces, á quienes va tan ricamente en unión del aparato, aunque no puedan explicarse, viendo su rigidez metálica, cómo sube y cómo baja de la manera solemne que lo verifica.

Delante de cada una de las exposiciones del juguete hay siempre centenares de personas curioseándolo, y dentro de poco no se hablará de otra cosa, siendo seguro que el espíritu mercantil utilizará la novedad para inundar á toda España de submarinos.

Es posible que en breve se agote la primera edición... a pesar de constar de 40.000 ejemplares.

* * *

En Madrid seguimos aún entregados á las verbenas.

Somos así.

Durante muchos años habian ido languideciendo, hasta el punto de que las aún subsistentes, que eran pocas, se traducian con algunos atracones de buñuelos, dos ó tres reyertas y un suelto en los periódicos, diciendo que Fulanito y Menganito, después de tener algunas palabras, habian tenido algunas obras y pasado la noche en la prevención. Pero este año ha bastado que se celebre la verbena de la Magdalena, para que los feligreses de San Cayetano y San Lorenzo y los vecinos del barrio de la Paloma hayan construído centenares de arcos, levantado campanarios y torres, adornado los balcones con pañuelos de seda, tapices, guirnaldas y banderas, y convertido las calles más prosaicas y de limpieza más dudosa en jardines llenos de faroles, arañas y estrellas de gas. Las orquestas, las cabalgatas, los coros, todo ha contribuido al esplendor de las verbenas pasadas y promete dárselo a las futuras, pues ya tenemos en perspectiva otras tres ó cuatro verbenas más. Como estas fiestas suponen en cierto modo algo de amor al hogar, á la calle en que se encuentra, á la parroquia en que radica, al pueblo natal, en suma, hay que aceptarlas como de buena índole.

Lo necesario ahora es no exagerar las cosas, so pena de que en el año próximo tengamos que agregar á las verbenas ya existentes la de la calle del Codo, la del callejón del Perro y la del pasadizo del Panecillo.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EXPLICACIÓN DE LOS CROMOS.

AFICIONES PELIGROSAS

Muy de alabar es en los niños el amor á las flores, y no dejaremos nosotros nunca de aplaudirlo. Pero cuando esta afición induce á saltar una valla apoderándose de bienes ajenos, y exponiéndose á alguna advertencia poco cariñosa, ya no es merecedora de aplauso.

Porque ¿qué dirían nuestros amiguitos si les arrancasen del lado de sus padres, so pretexto de que al raptor le gustasen mucho los niños?

EL DERECHO DE LA FUERZA

Nuestro dibujante ha sabido presentar en este número, en escena rica de verdad y de expresión, uno de los aspectos de la eterna lucha en que el derecho de la fuerza se sobrepone á todos los demás derechos. El fuerte, sin embargo, no lo es siempre contra el débil, pues éste puede encontrar medios de resistir y aun de vencerle, con las armas de la inteligencia ó de la astucia. Si así no fuera, los animales más feroces se habrían enseñoreado del mundo; el hombre habría sucumbido ante el irracional, y la familia humana sólo de pasto podría servir para la voracidad de sus más fuertes enemigos.

OROPÉNDOLAS

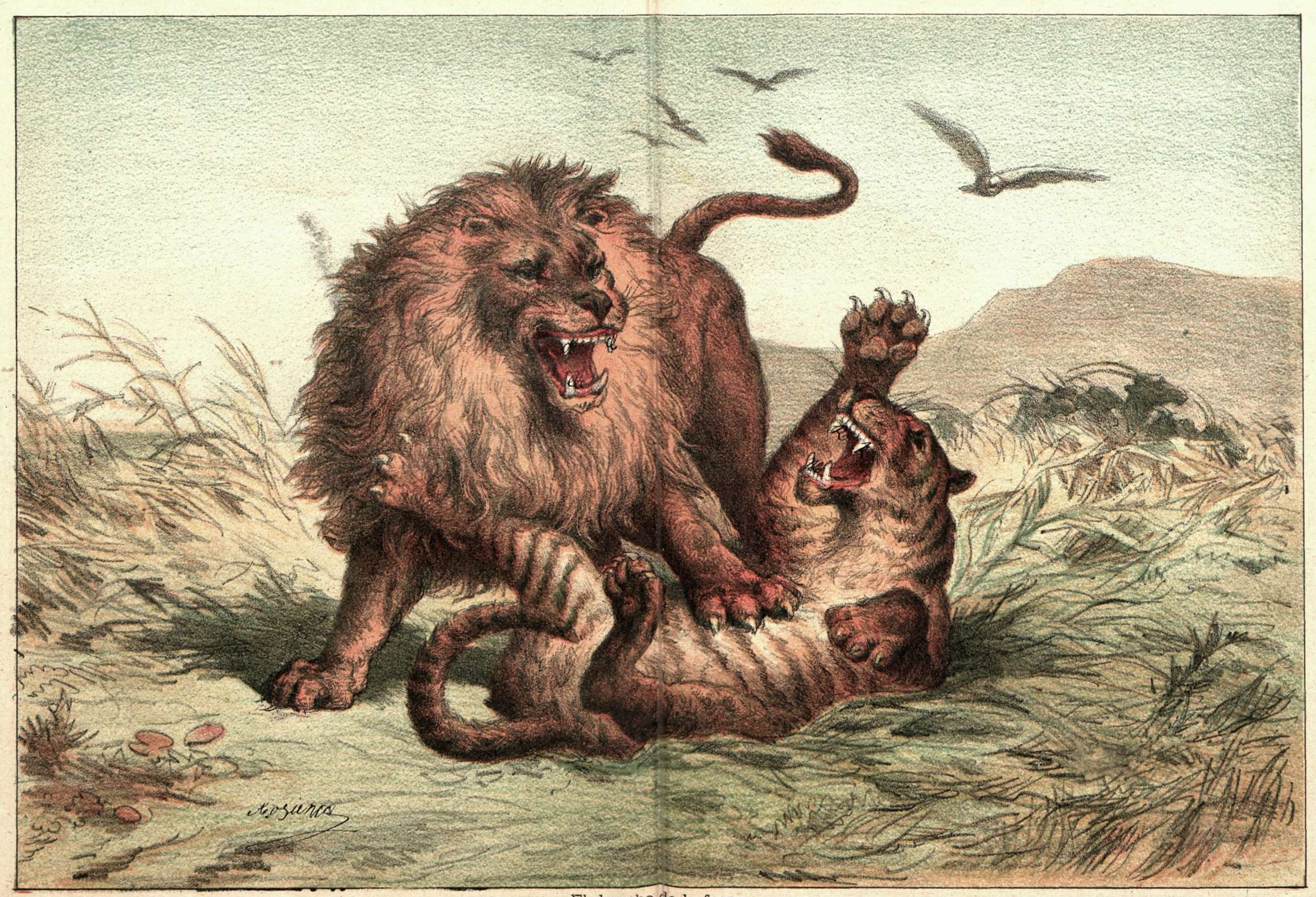
Género de pájaros dentirostros, muy parecidos á los mirlos, de los que se diferencian por tener el pico más grueso, los tarsos más cortos y las alas más largas, y principalmente por sus costumbres. La especie que le sirve de tipo se encuentra en los países cálidos del antiguo continente y es muy común en nuestro país. Mide unas ocho pulgadas de largo y tiene el pico encarnado, el cuerpo manchado de amarillo, verde y negro, y las alas y la cola negras con las extremidades de las plumas amarillas. La oropéndola se mantiene de insectos y de bayas y es ágil y bulliciosa.

Los naturalistas se han complacido en estudiar las costumbres de esta preciosa avecilla; los bienes que reporta á la agricultura; el esmero y aun el arte con que fabrica, defiende y engalana su nido, y el valor con que proteje á sus hijuelos, aun contra el hombre mismo. En estado de cautiverio vive muy poco tiempo.

EL BOLSILLO DEL MANTEO

I

—*Pae* Venancio, *pae* Venancio, un dulce,—clamaba el coro de chiquillos sucios y desharrapados que vagaba por las cercanías de las eras.



El derecho de la fuerza.

—Pero vosotros os habéis figurado que yo tengo fabrica de confites?—interrogaba con sonrisa bondadosa el bueno del sacerdote —Vamos, tomad,—añadia metiendo la mano en el inmenso bolsillo de su manteo y repartiendo entre la turba de chicuelos respetable cantidad de almendras, cocos, yemas y anises Porque es de advertir que el sacerdote habia tenido que coser un bolsillo en el manteo, ya no los admitia la viejísima y deshilachada sotana.

Qué feliz era el padre Venancio en aquel momento! Acababa de hacer dichoso con unos cuantos dulces á aquel puñado de muchachos, cuya única ambición era alcanzar alguno de aquellos confites que él tan generosamente repartia, y seguia su paseo tranquilo y sonriente con la satisfacción del que acaba de ejecutar una buena obra, y pensando en lo fácil que seria á los hombres ser dichosos si fueran en sus aspiraciones tan modestos como aquellos pequeñuelos, que se alejaban corriendo á todo correr con las golosinas en la mano, radiantes de júbilo y contento.

Nada más popular entre los chicos del pueblo que el manteo del padre Venancio. A decir verdad, no presentaba la tal prenda aspecto flamante ni tenia nada de lustrosa, y si fuéramos aficionados á investigaciones históricas y nos tomásemos la molestia de preguntar á la señora Mónica, ama de llaves del padre Venancio, sobre el estado del manteo en cuestión, nos diria que más de cuatro veces se habia tenido que quebrar los cascos para remendar el traje talar del padre cura, y que en punto á antigüedad habria pocas prendas que la igualasen.

Pero los chicos del pueblo no se fijaban en aquellas pequeñeces, y en el bolsillo inconmesurable de aquel viejo hábito se encerraban todas sus ilusiones y habian llegado á cobrarle cariño.

II

—*Pae* Venancio, *pae* Venancio, un dulce!

—Santiaguillo! Cómo no estas con los otros muchachos?

—No me ha dejado madre salir hasta ahora de casa.

—Pues hijo, perdona por Dios, pero he repartido todas las almendras que llevaba y tendrás que resignarte hasta mañana, que procuraré darte ración doble. Con que mañana será, eh?

—Bueno; sí, señor; mañana será,—repuso Santiago, conformándose de no muy buena gana con aquella demora del regalillo.

Al siguiente dia Santiago y el padre Venancio se encontraron en el mismo sitio.

—Tampoco he podido hoy salir antes,—dijo el primero —Me ha traido usted los dulces?

—No te los he traido, pero no creas que ha sido por olvido. D. Nicanor me ha dicho que hoy no has sido en la escuela todo lo formal y aplicado que fuera de desear, y he dado á los otros chicos las golosinas que traia destinadas para tí. Si mañana te has corregido volverás á probarlas, de otro modo no.

El sacerdote continuó su paseo, mientras Santiaguillo quedaba murmurando:

—No, pues lo que es mañana ninguno ha de comer dulces, ya que yo no los he comido en dos dias

III

Santiaguillo no pudo dormir en toda la noche, discurriendo el modo de poner en práctica su proyecto de dejar sin dulces á sus compinches.

Al dia siguiente fué á misa de alba con sus padres, y en la iglesia siguió dando vueltas á su magín para llevar á cabo su propósito.

Pocos momentos faltaban para alzar, cuando le asaltó un pensamiento que él estimó oportunísimo.

—Sí!...—dijo para su capote.—El *pae* Venancio deja el manteo en la sacristía .. Yo voy y vuelvo en un momento .. Eso es.

Y echó á correr en dirección á su casa.

Cuando volvió á la iglesia aún no habian llegado á los Evangelios. Recorrió todo el largo de la misma pegadito á la pared y se internó en la sacristía.

Si alguno se hubiera distraido y hubiera visto á Santiago, habria podido observar que llevaba unas tijeras en la mano.

IV

—Un dulce, un dulce, *pae* Venancio, una almendruca!

—Hola! Ya estais aquí, buenas piezas? Habéis sido buenos?

—Sí, señor.

—No habéis incomodado á D. Nicanor?

—No, señor.

—Vaya, pues tomad, hijos mios.

Y el padre cura metió la mano en el bolsillo del hábito y palideció, poniéndose después rojo y de veinte mil colores en seguida.

Le habian cortado el bolsillo del manteo! Todos los dulces se le habian caido!

Adiós ilusiones de los muchachos! El padre Venancio, que tanto gozaba en aquellos momentos, defraudaba las esperanzas de los chicos!

El sacerdote se retiró hacia su casa, mascullando las palabras:

—Perdonad... se me há olvidado .. otro dia será.

Los chicos no salian de su asombro Dilataron primero los ojos, después la boca, la nariz en seguida, y cuando perdieron de vista al padre Venancio, cada cara era una sola dilatacion.

V

El padre Venancio se figuró todo lo que habia pasado, y confirmó sus sospechas al fijarse en que Santiago no estaba entre los chicos á quienes habia dejado tan mohinos y cariacontecidos.

En cuanto llegó á su vivienda, tomó de un cajoncito un montón no despreciable de confites, y metiéndoselos en el bolsillo del pantalón, se encaminó hacia la casa de Santiago

Este, al verle entrar, se puso encarnado, temiendo un regaño del sacerdote, quien, en lugar de reprenderle, le dijo con cariñoso acento:

—Te prometí darte los dulces que no pudiste obtener dias pasados, y vengo á cumplir lo prometido.

La lección que aquellas palabras entrañaban, hizo que el chico se pusiera como la grana.

—Estás contento ahora?—preguntó el padre, entregándole los anhelados dulces.

—Sí, señor,—balbuceó el muchacho, y su enrojecimiento subió de punto.

—Y ahora, si no tiene tu madre otra cosa que hacer, dila que haga el favor de coserme el bolsillo del manteo... que no sé quién ni cómo me lo ha cortado.

Entre la cara de Santiaguillo y una amapola no habia diferencia ninguna...

ANGEL OSSORIO Y GALLARDO.



ELISA

Cuento de Andersen.

(Continuación.)

Al despertarse por la mañana no sabía si todo esto era sueño ó realidad Continuó su camino y encontró á pocos pasos de allí una viejecita con una cesta llena de frutas de las que la ofreció algunas Preguntóla si no había visto once príncipes á caballo atravesar el bosque.

—No,—repuso la vieja;—pero ayer sí once cisnes, con coronas de oro en la cabeza, bajar nadando el arroyo

Y condujo á la joven á una pendiente, al pie de la cual serpenteaba un arroyo; las orillas estaban cubiertas de grandes árboles que entrelazaban sus ramas, dejándolas colgar hacia el agua. Elisa se despidió de la vieja y continuó siguiendo el arroyo hasta su embocadura.

Ante los ojos de la joven se extendía el mar en toda su magnificencia, pero ni una vela ni un bote se veían en él. Miró en la orilla las innumerables piedrecitas redondeadas por el agua; el cristal, el hierro, los guijarros, todo había recibido la misma forma, y eso que el agua era aun más ligera que la mano delicada de la joven.

—Contínuamente rueda y rueda,—decía,—y así es como lo más duro llega á pulimentarse. Yo seré igualmente infatigable! Gracias por la lección, aguas límpidas y movibles; mi corazón me anuncia que algún día me llevaréis al lado de mis hermanos queridos!

Sobre las algas que el mar arrojaba había once blancas plumas de cisne, rociadas con algunas gotas de agua: eran rocío ó lágrimas? Elisa las recogió é hizo con ellas un ramillete No parecía advertir la soledad de la playa, porque el mar, con sus variaciones contínuas, ofrecía en algunas horas un espectáculo más interesante que el de muchos lagos durante todo un año. Cada vez que aparecía algún nubarrón negro, el mar parecía decir: «También yo puedo tomar ese aspecto.» Y cuando el viento agitaba las olas, éstas se cubrían de una blanca espuma. Si, por el contrario, las nubes eran rojas y el viento se calmaba, el mar parecía una hoja de rosa y se ponía tan pronto verde como blanco En medio de la mayor calma, se sentía en la playa un ligero movimiento y el agua se levantaba suavemente como el pecho de un niño dormido.

Al ponerse el sol, Elisa vió once cisnes silvestres con coronas de oro en la cabeza que se acercaban á la playa Volaban uno detrás de otro, formando una larga cinta blanca. Al verlos trepó por la pendiente y se ocultó detrás de una zarza. En breve los cisnes se posaron cerca de ella batiendo sus alas blancas.

En el momento en que el sol desapareció detrás del agua, el plumaje de las aves cayó y se convirtieron en los once hermosos príncipes hermanos de Elisa Esta dió un grito al reconocerles, se echó en sus brazos y les llamó por sus nombres También ellos se alegraron mucho de encontrar á su hermanita tan alta y tan embellecida; reían y lloraban unos y otros, y en breve comprendieron que eran víctimas de la maldad de su madrastra.

—Volamos,—dijo el mayor,—bajo la apariencia de cisnes silvestres mientras el sol brilla en el cielo; pero en cuanto ha desaparecido, volvemos á tomar la forma humana; he aquí por qué debemos buscar siempre al ponerse el sol un punto de apoyo para nuestros piés, porque si continuáramos volando hacia las nubes caeríamos como hombres en el abismo. Habitamos al otro lado del mar un país muy hermoso; pero el camino es muy largo y para llegar allí es preciso que atravesemos el mar sin encontrar ninguna isla donde podamos pasar la noche Sólo se levanta en medio de las aguas una roca estrecha y solitaria, y donde apenas podemos sostenernos muy apretados unos contra otros. Cuando el mar está enfurecido, nos cubre muchas veces con las olas, y, sin embargo, damos gracias á Dios por aquel asilo Allí pasamos la noche en forma humana, y éste es el único medio que nos queda para ver nuestra querida patria, porque necesitamos para hacer la travesía los dos días más largos del año

(Se continuará).

Traducción de EMMA BANASTON.





Oropendolas

EL HIJO

(DE LUIZ GUIMARAES)

La vida de él, constante carcajada:
ella en llorar la suya consumía,
y al par que trabajando se moría,
de él era una taberna la morada.
En la pobre mujer abandonada
nadie advirtió momento de alegría,
ni del hombre en la faz ruda y sombría,
jamás se vió una lágrima posada.

Mas Dios, que un Redentor al mundo diera,
cual limosna de amor y de ventura
les hizo padres de un hermoso niño;
la mujer sonrió por vez primera;
y besando á la tierna criatura,
él vertió el primer llanto de cariño.

Traducción de M. Ossorio y Bernard.



EL CORRO

Es la rueda uno de los juegos predilectos de la infancia, y por su carácter higiénico y movido merece seguramente que se le aplauda y aliente. Pero como al paseo circular acompaña el canto, ya en este punto no es posible ser tan tolerantes. Una musa anónima se encarga desde hace muchísimos años de surtir á las niñas de canciones, y, en honor de la verdad, su repertorio es bien extenso. Así fuera de aceptable bajo sus aspectos literario y moral!

Por desgracia, la musa anónima se muestra bien poco escrupulosa, y pone en labios de las tiernas criaturas frases y escenas que pugnan con su inocencia. No juzgamos necesario aducir pruebas, que harto presentes se hallan en el ánimo de todos cuantos tienen niñas y con sus juegos se recrean.

Nuestro ilustre y hoy difunto amigo Antonio de Trueba, escribió combatiendo este mal y proponiendo que los buenos poetas, utilizando la música conocida, escribiesen sobre ella asuntos ya históricos, ya morales; y uniendo á la recomendación el ejemplo, escribió algunos bonitos romances, como el que en uno de los anteriores números de El Mundo hemos publicado.

Será seguido su ejemplo?

De desear sería que lo fuese.

LOCURA CONTAGIOSA [1]

Anécdota del siglo XVII.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, corte á la sazón de Felipe III, subían una tarde de otoño de 1603, mano á mano y en conversación al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, bastón, guantes y grande anillo, y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir, un Eclesiástico, un Médico y una Beata.—«Quien nos haya visto venir acá juntos desde la Iglesia de San Ildefonso — dijo sonriéndose el Eclesiástico al poner el pie en el primer escalón — se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro. — ¿Parécele á vuesa merced, señor Cura,— replicó la Beata — que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro? — Aún — replicó el Médico — no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algún que otro síntoma que no me parece decisivo. — Ahora — prosiguió el Cura — nos informará con más detención y descanso la hermana Magdalena; porque hasta aquí, más nos ha aturdido con exclamaciones que instruido con noticias. — Por eso rogué á vuesasmercedes — dijo Magdalena — que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

Llamó en esto la Beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido *quién es?* Magdalena respondió:—«Abre, María.» Abrió al punto la criada, y la Beata, haciéndole primero una seña como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguía aún el amo en su cuarto.—«Todavía está allí — contestó María — y tan enfrascado como siempre» — «Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala» — dijo la Beata á sus dos acompañantes entonces, y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor Cura y al señor Doctor, se retiró la moza; y quedando sólos los tres interlocutores de al principio, entablaron según noticias la siguiente conversación:

EL CURA (*bajito*).

Con que díganos vuesa merced: ¿qué más motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de cabeza?

MAGDALENA

Donde reclinar la mía me falte, señor Cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar; desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me extremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la Real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prisión dejaba á su familia, que somos cinco mujeres sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MÉDICO

Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA

Es que hay otra cosa, y á fe que el señor Cura me dé la razón. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano; me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habían que dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres...

EL CURA (*tomando el chocolate que trae la criada*)

Ciertamente son avisos de Dios. (*Ap.*) Agasajo de chocolate como este, bien se podía perdonar.

EL MÉDICO (*despachando su jícara*).

Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algún motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan.

MAGDALENA

¡Qué han de prosperar, señor Doctor de mi alma, si jamás se han visto peor! En otro tiempo escribía comedias que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibían bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia y que ni aun sirve para componer coplas de ciego.

Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenia le ocasionaban contínuos viajes y desazones, y le rendian muy poca utilidad; como fué soldado, no se da maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende; con que ya ve vuesa merced qué motivos de alegria le asisten! Pero lo más particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas que jamás se han visto en él ni por pienso, pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuesas mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé.

(1) En este cuento del eminente Hartzenbusch se inspiró otro autor no menos ilustre, Narciso Serra, para escribir una de sus obras más justamente celebradas.

Recién llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administración de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: «Famoso nombre mudándole algo! Famoso!» Porfiaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora hasta que se separaron los dos: el labrador harto mohino y mi hermano muy satisfecho Pocos dias después habíamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicuelo; mi hermano acudió á él, le alzó y le hizo volver en su acuerdo; pero querrán vuesas mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí no paraba de reirse, exclamando: «También es rara casualidad! Vaya, que no puedo contener la risa.

EL CURA

Poco cristiano es, en verdad, eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR

Que se alegre un médico de que se le presente ocasión de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

MAGDALENA

Pues vaya otro pasito más. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

EL DOCTOR

Cierto que sí

MAGDALENA

Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador...

EL DOCTOR

En efecto, yo he sido.

EL CURA

Qué lance es ese?

EL MÉDICO

Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar á Su Majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que armar su tramoya; y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho Su Majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo las de los nuestros que le perseguían, el Emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginación guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre, que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesa merced, señor cura, qué efecto harian estas expresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al rey francés para que no se nos huyera.

EL CURA

Yo, por mí, le juro á vuesa merced que más hubiera querido presenciar ese lance que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA

Pues bien; refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó también una carcajada, diciendo: «Brava aventura para achacársela á un titerero!»

EL MÉDICO

¡Tratar de titerero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA

Pues ¿y lo que oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

EL CURA

¡Qué! ¿Se divierte también el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

MAGDALENA

No; pero dijo que él había de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al Vicario y Prior del Cármen que lo consintieron.

EL CURA

Y ¿qué es lo quería dar á los reverendos?

MAGDALENA

Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

EL CURA

¡Palos á ministros de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA

¡Gracias á Dios que se convencen vuesas mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la Beata; y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la elección, como era natural, en el padre de almas, el cual, levantándose y encomendándose á San Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «—¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, y el Cura habia cerrado la puerta conforme antes estaba; el Doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con gran ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al Cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un dúo de carcajadas, en el cual el buen Cura reía mucho más recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el Doctor y la Beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de inspiración profética, prorrumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir á las bovedillas de la sala: «—¡Ay! ¡Señor doctor de mi vida! ¿Si será *locura contagiosa* la de mi hermano y se la habrá pegado al Cura?» «—Oiga vuesa merced,—contestó el Doctor;—pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de la profesión, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor más suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun más estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalia sobre la del Cura. Aquí fué la confusión y apuro de Magdalena. «—¡También,—exclamaba,—también el Doctor se ha contagiado! ¡También el Médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulación é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles que aparecieron en la sala, dos jóvenes y dos respetables matronas. «—¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza!—exclamó Magdalena fuera de sí; dirigiéndose alternativamente á cada una;—mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan.»—¡Loco mi marido!—¡Mi padre!—¡Mi hermano!—¡Mi tío!—exclamaron á la vez las cuatro —Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él?—preguntó Catalina.—Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el Cura de San Ildefonso y el Doctor Turriano!—Es menester que yo aclare esto—dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto, que parecia haberse convertido en el templo de la alegria A los dos minutos, ya reía Catalina como los demás Fueron entrando sucesivamente, atraídas de la curiosidad, mezclada con una buena dósis de miedo, doña Andrea Isabel y Constanza, y á todas tres sucedió lo mismo; de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sentido diverso, formaban el coro más bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena, pero ella les respondia mas recio: «—No en mis dias: ¡guarda, Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el juicio. —Tú estás libre de eso,»—respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el Cura y el Médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traía unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el Cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «—No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora, la razón de mi buen feligrés el alcalaino, se halla más que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la predicción de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.—«Mira,—dijo entonces el hermano, alargando á la Beata los papeles que habia sacado;—mira lo que tan ocupado me trae hace algún tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores» Magdalena tomó los papeles y leyó este rótulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

J. E. HARTZENBUSCH.

LA CRUZ DE LA VIDA

(FRAGMENTOS)

«Nosotros mismos nos labramos nuestra propia cruz á nuestro antojo; si la recargamos de riquezas, de adornos y de vanidad, vivimos temblando de que nos la quiten, puesto que en ella hemos fundado nuestro orgullo; si desdeñando la madera de que la fabricamos, no pensamos sino en coro-

narla de flores, que son las ilusiones y las vanas y perecederas esperanzas que se marchitan ante el sol de la verdad, pasamos el resto de la peregrinación lamentando nuestra imprudencia; pero si nos contentamos con una vida sencilla y arreglada, sin dificultad veremos llegar el término de ella sin que nos duela abandonarla ni nos pese mientras la cargamos.»

Calló la voz y yo desperté en aquel momento. El cielo entero estaba todo iluminado por la luz de la luna que surgía en el horizonte, haciendo con sus refulgentes rayos desaparecer la claridad menos fuerte de los astros. Así es la claridad divina de la Fe, pensé; ella hace palidecer y menguar hasta aniquilarnos los sueños terrestres de nuestro corazón, para iluminarlos con la fe en Dios, único consuelo en este mundo, y la sola aspiración de nuestra alma que no sea un engaño en la existencia humana.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

Bogotá.



EL CUENTO DEL GATO

Demonio de minino, y qué porfía!
Tiene absoluta libertad de caza,
la sirviente le lleva cada día
su ración cuando vuelve de la plaza,
y como extraordinarios beneficios
come buena porción de desperdicios.
Y aun al niño acomete
para participar de su banquete,
y le acosa y asusta,
le persigue, le acecha y le disgusta!
Vamos, que el tal minino,
por lo osado, insaciable y lo ladino
merece que le digan en su casa
lo que contaba el andaluz con guasa:
«Yo no doy de comer nunca á mi gato.
Si es que caza ratones
logra con ellos suculento plato,
y no es justo que tenga más raciones.
Si al tímido ratón deja con vida,
si no persigue el gato á su enemigo,
como su sola obligación olvida,
no le doy de comer... para castigo!»

A. BERRIO Y RANDO.

LOS PENDIENTES DE GUINDAS

—Te vienes á coger guindas, Juan?...

A coger guindas!... Pues no habia de irse!... A escape!... Y que no estaban ya maduras!... Sí, pero lo malo es que madre sabia á la hora en que salian de la escuela y si tardaba en llegar á casa se enteraria del lance... Bah! Echaria un embuste cualquiera; que el maestro le mandó á última hora á un recado... Después de todo, poco podian detenerse y el huerto estaba al paso, de suerte que era cuestión de diez minutos el subir al árbol y darse la panzada de fruta.

No vaciló el chico más, y los dos amigotes, apartándose del tropel que dejaba bulliciosamente la clase, tomaron por una calle que conducia derecha al huerto; atajando por allí, y á buen paso, llegaron á la guindalera, y en un decir amén se encaramaron á las copas, montáronse en una rama, y arranca de aquí, arranca de allá, comenzaron á engullir con gran prisa, escupiéndose los huesos entre estruendosas risas refrenadas en el acto de estallar para no delatar su presencia en el ramaje. El rapaz iniciador del asalto, más positivo que el otro, sólo se ocupó de comer cuanto le consintieron los dientes; pero Juan, más cándido ó más presumido, lo primero que se le ocurrió antes de dar principio al banquete fué adornarse, y arrancando con cuidadito dos guindas unidas por los rabos, se las colgó en una oreja, emperejilándose la compañera del mismo modo; luego se atascó en competencia con su compinche. La caida de la tarde se les echó en éstas encima; bajáronse, pues, con cautela, y mirando á todas partes por si se acercaba el guarda, y despidiéndose al pie del árbol, cada cual se marchó corriendo á su vivienda á tiempo que sonaba en la iglesia del lugar el toque de oraciones.

Lo que Juan se temia!... Se habian retrasado mucho y ahora iba á llegar á su casa al oscurecer. Y con el genio de su madre!... Valiente pescozón le aguardaba!... Porque lo que es ella no se tragaba tan así lo del recado del maestro!... En fin, no tenia otro remedio que aguantarse; creyéralo ó no lo creyera, él se sostendria en que acababa de salir de la escuela y que venia por el camino más corto.

No tardó en plantarse en casa, y en cuanto su madre le vió jadeante, sudoroso, sofocado, le preguntó á gritos de dónde salia á aquella hora. De la escuela; el maestro le habia mandado á la tienda de la señá Felicia á por tinta y... por eso era la tardanza. Como se tenia que morir que decia la verdad!... Que lo partiese un rayo si mentia!...

Pero su madre no le quitaba ojo; le dejó hablar, y acercándosele de improviso, le sujetó por un hombro, y arrebatándole de una oreja el pendiente de guindas, le dijo aturdiéndole á voces y zarandeándole:

—Y has ido á por la tinta á la guindalera?...

Santo Cristo!... El mocete se echó mano á las orejas con repentino arranque. Se le habia olvidado quitarse los adornos!... Entróle entonces un pánico terrible, se le apagó la voz, le bailaron las piernas y se dió por muy contento con que su madre le enviara de un pescozón fuera de la pieza, diciéndole con furia:

—Ya te daré yo la tinta!... Hoy te acostarás sin cenar!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

DESDE EL CIELO

(HABLA EL HIJO MUERTO Á SU MADRE)

Madre de mi corazón,
enjuga tu acerbo llanto,
da treguas á tu quebranto,
interrumpe tu oración!
Quieres saber por qué lloras
con penas y cuitas graves?
Porque mis dichas no sabes,
porque mi destino ignoras!
Quieres que de tu ansiedad
te explique la lucha impía?
Porque no ves, madre mia,
toda mi felicidad!

....
....
....
....

Del cielo en los resplandores
mi azul pupila se llena,
y aquí no tengo más pena
que pensar en tus dolores.
Sumida en honda aflicción,
y enferma, y acongojada,
tú sí que eres desgraciada,
madre de mi corazón!
Yo para tí soy amigo,
soy espíritu, soy luz;
te ayudo á llevar la cruz,
porque estoy siempre contigo.
Sueñas con que no me ves,
y del sueño en los antojos,
en cuanto cierras los ojos
estoy velando á tus piés.
Mi imagen siempre te aguarda
tras de tu lecho escondida,
y si te quedas dormida
soy el angel de tu guarda.
Mis hermanos no me ven;
pero en un rayo de luna,
por las noches, á su cuna
bajo á besarles también;
y cuando despierta el dia
te llevan ellos á tí
el beso que yo les dí
por la noche, madre mia!

ANTONIO F. GRILO.

LOS NIÑOS BUZOS.

En la costa meridional de la península arábiga, y no muy lejos de la entrada del mar Rojo, esto es, del estrecho de Bab-el-mandel, hállase una extensa bahía rodeada de peñascosas alturas calvas de toda vegetación, soledad augusta de la naturaleza, donde la tierra reverbera estéril la deslumbradora claridad del sol y repercute el incesante concierto de las olas del mar.

Es la bahía de Aden.

En ella fondeamos cerca ya de la media noche, y después de contemplar á la luz de la luna aquel panorama de acantilados y rocas grises en cuyo fondo se destaca tal cual edificación árabe de muros blanquísimos, en la subida á la ciudad, dejamos la toldilla del buque para recogernos, no sin antes habernos concertado unos cuantos pasajeros, á fin de saltar á tierra al amanecer el nuevo día y visitar la población que á la bahía da nombre.

Porque allí, en aquel apartado rincón del planeta, hay un pequeño trecho sagrado donde yacen olvidadas las cenizas de algunos marinos españoles muertos en el cumplimiento de su deber, y es bien que los compatriotas que pisan aquel suelo consagren un recuerdo al pie de las tumbas de sus hermanos, tumbas solitarias que no han sido regadas con lágrimas de madres doloridas y que rara vez han podido oir plegarias cristianas pronunciadas en idioma español.

....

Pero... ¡vanos propósitos!

Al rayar el alba abandonamos nuestras respectivas literas y dispusímonos á saltar á cualquiera de los botes que horas antes habían atracado al costado del buque, mas tuvimos que desistir de nuestro propósito...

El vapor correo debía hacerse á la mar á las ocho de la mañana, y por tanto no nos quedaba tiempo para visitar Aden.

Empero si no logramos tal deseo, en cambio pudimos disfrutar de un espectáculo muy curioso. No bien fué de día vimos aproximarse á nuestro buque una flotilla de piraguas pequeñísimas, manejadas con un solo remo por sus tripulantes, muchachos árabes de piel negra y lustrosa, de corta edad todos ellos, y todos ellos en completa desnudez. Entonaban un canto monotono y pesado, que no dejaron de hacernos oir desde su aparición hasta que se alejaron.

Agiles y sueltos de movimientos, fuertes y vigorosos, de mirada viva é inquieta y mostrándonos de continuo sus dentaduras, blancas como la nieve, los tripulantes de tan extraña flota hicieron alto á corta distancia de nosotros y abandonaron los remos, y poco después las piraguas, para lanzarse casi todos ellos al agua y llegar á nado hasta el costado de nuestra embarcación.

Un detalle me llamó la atención y voy á citarlo. Algunos de aquellos muchachos de piel de ébano, tenían la cabellera—por cierto muy abundosa y larga,—blanca, casi amarillenta, y rizada como los vellones de los carneros de nuestro país.

Tal color no era natural, sino producido por el uso de la cal, que indudablemente no solo debe blanquearles los cabellos sino que también producirles la calvicie, amén de no pocas enfermedades. El hecho es que su aspecto nos llamó la atención por el contraste que ofrecía lo negro de la piel con lo blanco de la cabellera.

Para elogiar su vigor y resistencia, baste decir que aquellos niños permanecieron sosteniéndose en el agua durante más de dos horas, nadando, sumergiéndose y haciendo prodigios de agilidad y de atrevimiento.

Su visita no procedía de la curiosidad que les inspirase la presencia de un buque europeo y de la magnitud y condiciones del en que navegábamos, no; sino de algo más práctico y positivo.

Como nuestros pillos de playa, pero con más mérito que éstos, aquellos pequeñuelos iban á pedirnos dinero en justo pago de sus ejercicios de buceo en plena bahía. Y no se crea que sus pretensiones eran modestas. Cuando les enseñábamos monedas de cobre ó bronce nos hacían signos negativos con la cabeza y las manos, y si alguno de nosotros aventuraba alguna pieza, ésta se iba al fondo del mar sin que los buzos se molestasen en cogerla.

No así si la moneda era de plata, que bastaba mostrarsela y dejarla caer para que los más próximos de ellos se sumergieran para buscarla, apareciendo en la superficie—á veces después de no corto tiempo—enseñándonosla el afortunado ó más listo que la *pescara*.

Tal operación fué repetida muchas veces, pero no se concretaron sólo á ella los nadadores. Un marino de la Armada que navegaba con nosotros y que había hecho repetidas escalas en Aden, enseñó á los árabes una moneda, un franco, dándoles luego á entender que la echaría al mar por el otro costado del buque si ellos pasaban á buscarla por bajo de la quilla de nuestra embarcación.

Los muchachos entendieron la mímica, y dos de ellos, tras de manifestar su conformidad, sumergiéronse, pasaron al otro lado y se disputaron la *pesca* del franco prometido, que nuestro marino arrojó al agua. Este arriesgado ejercicio también fué repetido otras dos veces.

Muchos eran los buzos, pero mientras hubo quien les echara monedas ninguno se retiró. Cuando, al cabo de dos horas, cerráronse las bolsas, los nadadores se recogieron en sus piraguas y alejaronse del buque, entonando su monotono y sempiterno canto, que fuése extinguiendo poco á poco hasta quedar apagado por completo por el rumor del mar.

A la hora prefijada, el vapor correo abandonó la bahía con la proa al Océano Índico.

¡Seguramente los que vivan de aquellos niños buzos—que ya serán hombres hechos y derechos—no se acordarán de mí como yo de ellos... gracias á mi libro de notas!

PEDRO J. SOLAS.

MOSAICO.

Según noticias de algunos colegas, desde el 1.º de Enero hasta la fecha han muerto 90 niños pequeños de los que salieron para Buenos Aires en las diversas expediciones de emigrantes. ¡Qué triste responsabilidad para las familias que, mal aconsejadas ó faltas de paciencia para las luchas de la vida, abandonaron la tierra natal!

***

No puede darse mayor instinto criminal que el que refleja el siguiente suelto que tomamos de un colega:

«Un muchacho de doce años de edad, hijo de un carnicero de los alrededores de las Ventas del Espíritu-Santo, pasaba por el punto mencionado, donde se hallaban jugando otros dos chicos, el mayor de unos diez años de edad y el otro de unos ocho ó nueve.

Al verlos, sin que mediara pendencia alguna, el hijo del carnicero echó mano á una navajilla que llevaba, y con ella dió una cuchillada al menor de los dos que estaban jugando.

Empezó el herido á llorar y á lamentarse, y el agresor dijo:

—Pues no era á tí, sino á ese á quien yo quería darle de puñaladas.

Y esto diciendo, arremetió con el otro muchacho, al cual infirió dos heridas de consideración. De seguida echó á correr.

Llevados los niños á la Casa de socorro, dióse cuenta de lo ocurrido á la autoridad, la cual dispuso la detención del pequeño criminal, que era conocido de sus víctimas.

Parece ser que el precoz delincuente ni siquiera se inmutó cuando la policía llegó á su casa á prenderle. En cambio el carnicero se afectó terriblemente al conocer la hazaña de su hijo.»

***

La novelita *El foco eléctrico*, publicada en nuestra Biblioteca, sigue alcanzando los elogios de la prensa. *El Movimiento Católico*, después de examinar extensamente el carácter de las novelas de Julio Verne, escribe lo siguiente:

«El Sr. Escámez trata de adaptar el género de Julio Verne á la educación de los niños; sus novelas tendrán, por consiguiente, que ser más sencillas, menos complicadas; pero quizá más realmente útiles que las del famoso novelista francés.

El foco eléctrico, que así se titula la ya publicada, es algo más que un feliz ensayo. Nada falta en ella de lo que constituye la esencia del género: viajes maravillosos, aventuras inverosímiles, un noble entusiasmo por las ciencias, personajes que saben vivir con holgura, merced á ingeniosos aparatos, en las copas de los árboles más raros, mucho vapor, mucha electricidad, sus páginas llenas de cálculos algebraicos, y allá, en el fondo, sus salvajes antropófagos, que suelen servir de trai-

dores en estos dramas novísimos. Lo nuevo está en que los heróes son menores de edad, y también en la gracia, en el interés, en la frescura, en la suave y verdadera originalidad literaria con que el Sr. Escámez sabe revestir su relato.

Lástima que el Sr. Escámez no haya atendido algo más á la factura gramatical del estilo! Pero nosotros esperamos que en las novelas sucesivas aparecerán corregidos del todo estos ligeros defectos.

De todos modos, la obra merece ser saludada como inauguración de un nuevo género, que, ó mucho nos engañamos, ó ha de disfrutar muy pronto del favor del público.»

JUEGOS DE IMAGINACIÓN.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 21.

CLXVI.—Triángulo.

R O S A S
O J O S
S O L
A S
S

CLXVII.—Fuga de vocales.

Es del caballo la veloz carrera
tendido en el escape volador,
ó el áspero rugir de hambrienta fiera
ó el silbido tal vez del aquilón.

CLXVIII.—Cuadrados de puntos.

R	O	S	A		C	O	CH	E
O	R	O	S		O	R	O	S
S	O	L	A		CH	O	C	A
A	S	A	S		E	S	A	S

CLXIX.—Logogrifo numérico.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 = Fernambuco.
7 5 6 7 8 = Bambú.
7 10 3 4 8 = Borni.
1 8 6 5 3 = Fumar.
7 8 1 10 4 = Bufón.
7 5 9 10 = Baco.
5 6 5 3 = Amar.
1 5 6 5 = Fama.
6 5 4 10 = Mano.
1 5 3 10 = Faro.
6 2 3 10 = Mero.
6 5 4 5 = Maná.
9 10 6 5 = Coma.
6 5 6 5 = María.
5 3 9 10 = Arco.
9 5 7 10 = Cabo.
7 10 6 5 = Boma.
5 4 5 = Ana.
6 5 3 = Mar.

CLXX.—Anagrama.

Moyano y Samaniego.

CLXXI.—Acróstico.

GANGES

CLXXII.—Logogrifo.

PIRATA

CLXXIII.—Charada.

JO — TA

CLXXIV.—Triángulo de puntos.

R U S I A
U S A R
S A L
I R
A

Han remitido soluciones los suscriptores: Soledad Martín y Ortiz de la Tabla, de Llerena; Angel Lecea, de Tafalla; Ignacio Garrido y Sánchez de las Matas, de Madrid; Miguel Chapí, de Madrid; Francisco Pajarón, de Cuenca; Carmen y Fernando Bertrán, de Madrid; Margarita Beorlegui y Oyaregui, de Pamplona; Angel Prieto, de Sama de Langreo; Luis Irumberri y Paredes, de Madrid; Consuelo Peñuelas, de Barcelona; Carlos Martínez, de Madrid; Manolito y Angeles Dueñas, de Madrid, y Andrea Yagües Rosell, de Getafe.

NUEVOS PROBLEMAS

CLXXV.—Cuadrados de puntos. (Remitidos por Fernando y Luis Valdés.)

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Sustituir los puntos por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea.

En el primero:

Un habitante africano.
Indicativo de un verbo.
Lo que tienen los árboles.
Lo que tienen los cacharros.

En el segundo:

Corriente de agua.
Pecado capital.
Un triptongo.

CLXXVI.—Aféresis. (Remitida por G. Rubio Pérez.)

Palabra de cuatro letras y que da el nombre de una diosa mitológica, y quitándole las primeras letras va quedando:

Un número.
Un adverbio.
Una vocal.

CLXXVII.—Rombo. (Remitido por Francisco Rubio y Villanueva.)

.
. . .
. . . . .
. . .
.

Sustituir los puntos con letras de modo que horizontal y verticalmente se lea:

Consonante.
Prenda militar.
Infinitivo de un verbo.
Otro.
Una consonante.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.